

Oportunidad

Las olas chocaban contra las rocas de aquella playa, las voces de aquella ciudad costera aullaban al Sol de aquel Octubre con aires de verano. La brisa era escasa y la gente aprovechaba las últimas mañanas de un falso verano que no parecía acabar nunca. Aquella chica estuvo contando los bancos desde el inicio del paseo marítimo hasta el octavo lugar disponible. Allí se sentó, sola y con los oídos aún tapados.

Le dolía el cuerpo entero, tenía heridas en los pies y los ojos no aguantaban la luz del día. Llevaba un bolso de tamaño mediano, era de color marrón y unos años de uso. Recordaba haber guardado los tacones que llevó al salir de casa. Era un gran alivio haberlos cambiado por unas zapatillas cómodas y hechas para correr. Miraba a su alrededor pero no veía más que bañistas, familias y demás personas practicando algún deporte al aire libre. En otra ocasión se sentiría animada a unirse pero ese día no. Era un lugar tranquilo, un pequeño paraíso de cielo azul y arena blanca. Oía el tren en la distancia que atravesaba la pequeña estación y este colapsó sus oídos hasta destaparlos, su estómago empezó a removerse.

- ¿Disfrutando de las vistas? - de pronto, una voz grave y tosca se infiltró en el ambiente y un hombre se sentó a su lado.

Iba vestido con un abrigo fino y guantes de color azabache. Su piel era pálida y su cabello gozaba un gran número de canas. A pesar de llevar aquel tipo de ropa, se dejaba ver que tenía una espalda ancha y un cuerpo trabajado a lo largo de los años.

- ¿Y bien? -volvió a insistir aquel hombre entrado de mediana edad.

La joven era consciente de medir un metro con setenta centímetros, pero aquél ser le sacaba dos cabezas como mínimo y a pesar de ser la cuarta vez que lo veía en su vida, le seguía teniendo tanto miedo como la primera vez.

- Nada, aquí estoy -dijo ella esperando que la tierra se abriese bajo él o el mar lo hipnotizase con algún canto pero no ocurrió nada de eso.

El varón entrado en años aclaró su garganta y retomó la palabra:

- Era viernes, pero no cualquier viernes. Era un día especial que habías estado preparando junto a tus amigas y amigos. Habías sugerido visitar un sitio nuevo al que ir, aunque fuese para dejar la rutina a un lado, y tal fue la ocasión que decidiste llevar un vestido blanco, medias y maquillaje sencillo pero elegante, sin olvidar un calzado con tacones así como un anillo cuya piedra iba a juego con el rojo de tus labios. Disculpa si no estoy muy familiarizado con el temario. Al verte, tus amistades pensaron que sería tu noche...
- ... Y lo fue -cortó ella.

El mostró una mueca parecida a una sonrisa. Forzada y carente de verdad.

- Al llegar a aquel sitio y para evitar sorpresas, pediste una ronda y algo de picar para tus amigos. ¿Cerveza para ti, verdad? Parece no subirte tanto ese tipo de alcohol. Al rato de estar disfrutando de la música y los bailes improvisados, un grupo de hombres entró al establecimiento. Ahí estaba nuestro querido objetivo. Su pequeño séquito de lameculos estaba compuesto por neandertales que iban buscando... ¿Cómo era? Carne fresca, ¿verdad?

Entonces la muchacha recordó con amargura aquel momento, sus amigas y amigos se habían fijado pero ella estaba en el lugar perfecto para que aquellos parásitos clavasen sus ojos vacíos en su vestido ceñido y fluorescente por las luces interiores. Ella contó cinco en el grupo y con él, serían seis. El sexto era la voz cantante pero había que separarlo del resto de la manada. Ya había pasado la media noche cuando ella hizo de hilo conductor entre ambos grupos. Sus amigos no entendieron muy bien pero no les era necesario. Poco a poco y al ver las instenciones de los demás, la chica fue despidiéndose de sus amigos hasta quedarse con una amiga. No pudo sentirse mal por ella y aunque le instó que se fuera, esta rehusó – no, Mia. Yo no me voy de aquí sin ti y menos con esos-.

- En ese local – continuó el hombre- había una pista de baile y tú le diste la idea de ir allí. Él rehusó la idea por no saber y sugirió su coche. Entonces sabías que todo empezaba a encarrilar. Le sonreíste y le ofreciste una copa. ¿Así todos nos acabamos soltando más, no?

Una serie de flashes rebotaron en la cabeza de Mia: su amiga llevándola del brazo al lavabos de mujeres. Su amiga pegándole una cachetada y exigiendo por qué todo ese teatro, que ella no era así.

- Lo sé, Diana, yo no soy así -contestó Mía a regañadientes- pero esto lo tengo que hacer por mi hermano.

Entonces Mia dejó a su amiga en aquel espacio frío. Las paredes se hacían eternas para Diana.

Aquel hombre miraba a Diana con tensión y facciones rígidas. El gris de sus ojos te llevaba al asfalto de una calle, al humo bajo un haz de luz, al cielo nublado de un invierno pasado.

- Fuiste a la barra – prosiguió – y te lo encontraste pidiendo la bebida. Lo agarraste de la cintura por detrás, pidiendo que se adelantase. Te hizo caso y sacaste de tu precioso y nuevo anillo una sustancia incolora e inodora. Un sistema fácil. Sólo te preocupaste de que nadie te viese e ir con cuidado hacia... ¿Te dijo su nombre?
- No -contestó Mia con dificultad – y de haberlo sabido tampoco le hubiese creído.

Notaba el alcohol en cada palabra que emitía. Las nauseas se incrementaron y parecían asfixiar lenta y dolorosamente. El pecho parecía explotar.

La música de aquel lugar seguía retumbando más fuerte, daba gracias de que había perdido de vista a los demás neandertales. Su pareja de aquella noche los habría enviado a cada punta del país sólo por echar un polvo. Pensó en el veneno que tenía y la oportunidad de acabar con la vida de alguien esa misma noche. Lo vio a lo lejos, él la seguía lamiendo con sus pequeños y oscuros ojos. Cogió aire y ocultando de determinación bajo una mirada que a cualquier resultaría como pícara, siguió su camino. Él la agarró de la cintura y la atrajo, Mia notó su miembro erecto bajo el pantalón y su olor a alcohol y colonia. Tragó saliva y le ofreció la copa. Él apartó y aproximó sus labios. Las nauseas en aquel momento le eran indescriptibles.

- Ese parásito te tenía como su propiedad. Le gustaba que te hicieses la difícil -no pudo evitar imitar el gesto entre comillas- y lo retaste con una mirada imponente. “Por nosotros” creyó oír y no tuvo otra. Bebió aquel combinado de un golpe. El veneno ya estaba dentro suyo. Era cuestión de minutos que se encontrase con dificultades respiratorias. La sangre no llegaría bien al cerebro y este, poco a poco, acabaría por quedarse sin oxígeno para que finalmente cayese donde estuviese. Para entonces tú ya te habrías ido a buscar tu abrigo al guardaropa y cruzando la calle te subirías al coche que te enviaron para que te llevase a casa. El resto era cuestión de olvidar y estuviste rodeada de nuestro personal por si las cosas se fueran a complicar. Era una mala noche y tan pronto te recuperases, hablarías con los demás para buscar alguna manera de compensarlo.

Fue entonces, cuando aquél hombre apartó la mirada del paisaje y la dirigió hacia Mia una vez más. Un tren de larga distancia rugió en aquel lugar y no se oía más que las ruedas chirriando contra las vías.

Aquella estridencia provocó la pérdida de concentración de Mia y el vómito se hizo paso por su esófago. El estómago le ardía y los restos parecían no acabarse. Mientras echaba todo por la boca más recuerdos chocaron en su mente: Diana y el resto del grupo, el local estridente y claustrofóbico, la manada de babosos y aquel hombre al que debía matar, la bebida adulterada con aquel compuesto, la bebida cayendo y esparciéndose entre una multitud de sombras sin cara, el Sol abrasador de esa misma mañana, la imagen de su hermano llamándola en la lejanía, las palabras de Diana en aquel asqueroso lavabo.

Al recuperarse de todo aquello y volver en sí, Mia intentó reincorporarse. Había manchado parte de sus piernas y vestido. El vómito apestaba a alcohol y la gente de alrededor se quedó observando. Para quién se cruzase con esa escena debía ser la hija con resaca y un padre juzgando; pero el aire entraba y salía con más frecuencia y facilidad, su pecho ya no quería explotar.

- No -dijo Mia-, no fue así. Sí que convencí junté a los dos grupos. Sí que dejé plantados a mis amigos hasta que se marcharon y discutí con Diana. Sí que fui a por ese cabrón y puse la bebida en la bebida pero... No pude dársela. Acabar con él así sería muy...
- ¿Facil? ¿Miserable? Esta ciudad y está plagada de energúmenos así. Yo sólo busco venganza, al igual que tú.

Aquel hombre no le ofreció ayuda a Mia, sabía que no la necesitaba. Se levantó del banco y empezó a andar, apenas unos metros más lejos de la muchacha. Ella lo vio partir cada vez más rápido pero su quebrada voz lo detuvo.

- ¡Dame otra oportunidad, quiero otra maldita oportunidad!

Fue entonces, cuando aquel alma, sin otra que perder, tornaba medio cuerpo hacia Mia y movió los labios. Ella no consiguió escucharlo con claridad pero pudo reconocer sus palabras. Aquel instante hizo sonreír a ambos.